

Juan Cárdenas
PEREGRINO TRANSPARENTE

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2023
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Juan Cárdenas, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-62-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-OI-2023
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A la memoria de Julián Rodríguez Marcos, el gran artesano

PRIMERA PARTE

GORGONA
1850-1852

Φύσις κρύπτεσθαι φιλεῖ

HERÁCLITO (DK 22 B 123)

En estos días he dejado que mi cabeza se pierda en una fantasía irresponsable, sin ningún propósito intelectual. Es algo que sencillamente sucede dentro de ella, de esa cabeza, en forma de imágenes que se van desplegando por sí solas, arrastradas por un ansia oscura.

Paso horas sentado a mi mesa con la mirada perdida en la ventana, dejando que la historieta se desarrolle como quien deja leudar la masa viva de un pan que nadie amasó.

Es una especie de aventura, un wéstern, quizá, acerca de un humilde pintor de iglesias.

Pensándolo con detenimiento veo que la fantasía tiene su origen en la holgazanería de estos días inciertos, pero también es evidente que surge de mi lectura ociosa de *Peregrinación de Alpha*, de Manuel Ancízar, un libro prácticamente olvidado y que a duras penas leen los especialistas en literatura colombiana del siglo XIX.

Publicado primero por entregas en el periódico *El Neogranadino* (1850-1851) y dos años después en un volumen, *Peregrinación de Alpha* es la crónica de viajes por las provincias del centro y el norte de la república de Colombia—entonces llamada Nueva Granada— en el curso de la Comisión Corográfica, un ambicioso proyecto científico cuyos

principales objetivos eran la descripción de la geografía humana del país, el levantamiento de mapas y la ubicación de recursos con potencial económico en el territorio nacional.

Como sucede con muchos libros latinoamericanos de la época, en la *Peregrinación* se mezclan la novela de aventuras, el cuaderno de apuntes sociológicos, el inventario de prodigios naturales, la etnografía a mano alzada o el acopio de tradiciones y rumores populares. Esta clase de libros suelen ser excepcionales en la medida en que, para inventar un país, tienen que construir un género literario muy raro, una especie de monstruo de Frankenstein que es, asimismo, un reflejo de cierto diletantismo que caracteriza a los intelectuales de esa parte del mundo.

Todo cuanto se narra en el libro de Ancízar parece a la vez familiar y ajeno. En muchos sentidos esas provincias de Colombia no han cambiado desde entonces. Sigue habiendo en ellas lugares remotos, asombrosamente pobres, personas estafalarias y supersticiosas. Sigue habiendo algunos bosques, algunos páramos, algunos animales y plantas como los que se describen en el libro. Y, al mismo tiempo, el relato cobra tanto más interés por la circunstancia de que todo ha cambiado radicalmente en los últimos ciento setenta años.

En esos mismos territorios donde Ancízar debía atravesar llanuras y desfiladeros para encontrar una villa miserable, algún pueblito próspero de gente robusta y pacífica, uno que otro caserío cerril, ahora, empezando la segunda década de este siglo, gobiernan allí las mafias que se benefician del narcotráfico, la explotación ilegal de minerales, los monocultivos, la ganadería extensiva, la compraventa de votos en tiempos electorales, la extracción de maderas. La guerra de las materias primas, en definitiva. En 1850

Colombia era un lugar de gran agitación política, pero estaba lejos de ser el reino del horror en que se convertiría tiempo después. La vinculación a los mercados internacionales, uno de los sueños de esas mismas expediciones científicas del siglo XIX, tomaría la forma de una larga y dolorosa procesión de productos tropicales: quina, tabaco, café, esmeraldas, plátano, caucho y, por fin, nuestro producto estrella, la cocaína, que nos otorgó un dudoso rol protagónico en esos mercados.

Con todo y eso, nuestro país no se distingue mucho de lo que sucede en otras regiones del mundo. Colombia es sólo un pequeño capítulo de la truculenta historia del capitalismo. Y así como uno es libre de sospechar que en 1850 las cosas de la vida republicana se estaban preparando para arrastrarnos hasta la guerra que vivimos hoy y que, en definitiva, la flecha del tiempo sólo podía avanzar en esta dirección trágica, ahora, leyendo el libro de Ancízar y dejando que el wéstern crezca y crezca dentro de mi cabeza, se me antoja pensar que esta historieta, más que una triste fábula sobre la autodestrucción civilizatoria, apunta a otro lugar, quizá menos funesto.

Una dulce antorcha ilumina las paredes interiores de la caverna donde se pintan mis imágenes.

La lectura del libro de Ancízar también es muy intrigante y divertida por el lugar ambiguo de su narrador ante lo que va descubriendo durante el viaje. Como miembro oficial, secretario y cronista de la Comisión Corográfica, el autor hace un esfuerzo por lucir como un agente del progreso, un sujeto moderno, sin otros principios que la razón y la ciencia; un hombre preocupado por la educación del pueblo, plenamente consciente de su labor como desencantador de

lugares embrujados y azote de las telarañas espirituales que nublan el entendimiento de las gentes del primitivo país. Y, al mismo tiempo, a pesar de este rol de héroe civilizador, la *Peregrinación* es también un catálogo de curiosidades, de asombros ante la intensa belleza de los territorios, de historias fantásticas, de rumores amasados en la conversación popular. La superficie irónica apenas logra disimular la revolución de sentimientos encontrados que tiene lugar en el corazón del relato.

Hallándose de paso por las poblaciones que rodean la laguna de Fúquene, ubicada a una altura de 2.550 metros sobre el nivel del mar, cerca de Bogotá, los viajeros zarpan en una canoa para explorar mejor aquel paraje andino y, en particular, las islas deshabitadas. Se trata de un lugar frío, húmedo, barrido por rachas de un viento hueco y sin cabeza, resignado a trastear jirones de neblina hacia ninguna parte.

Ancízar sabe que aquella laguna era un sitio sagrado de los indios muiscas, quienes, perseguidos por los conquistadores españoles, se habían refugiado en una de las islas lacustres durante años, hasta que el dueño de la hacienda de Simijaca los obligó a salir por la fuerza en 1791.

«Explorada la islita, hallé de trecho en trecho señales de sepulturas en que los tristes emigrados se hacían enterrar, siempre a la banda del cerro que mira al pueblo, como si aun después de muertos buscaran el consuelo de los hogares queridos de otro tiempo», dice el cronista, antes de mandar a abrir una de las tumbas, casi expuesta debido a las lluvias. El labriego encargado de la profanación trabaja a disgusto exhumando la guaca, donde encuentran, dice, «catorce *morrallas* o esmeraldas imperfectas, varias cuentas de piedras muy gastadas, los restos de un esqueleto [...] y

finalmente una olla de barro cocido» con forma de rostro humano. Ancízar se apresura a declarar que no ha mandado abrir la tumba con la esperanza de encontrar algo tan vulgar como un tesoro, pues en aquella zona nunca han desenterrado guacas de gran valor en oro, plata o piedras preciosas. Lo hace, explica, en busca del cráneo para «establecer algunas conjeturas frenológicas».

Decepcionado, pues todos los huesos se encuentran pulverizados por la corrosiva humedad del terreno, el explorador le pide al labriego que vuelva a cubrir la fosa.

Más tarde, desde la canoa observan, esparcidos por los lindos valles y las cuatro islas, discretos cultivos de papa, trigo, maíz, un puñado de vacas y algunos rebaños de ovejas. Con esto y el abundante pescado de la laguna, se nos explica, los habitantes obtienen sustento de sobra para intercambiar en los mercados cercanos, adonde llegan navegando por el río Suárez a lomos de unas balsas construidas con jun-cos que el cronista considera semejantes a enormes tortu-gas. «Trescientos años de conquista y cuarenta de libertad política e industrial han pasado por allí sin dejar huella», di-ce Ancízar, y luego añade: «El político podrá lamentar es-ta situación de las cosas; mas el filósofo la aplaude y casi la envidia en el fondo de su corazón».